GVSTAVO R. LENNS

Armonías

POESÍA
FESTIVA
AMATORIA Y
GAVCHESCA



Gustavo L hem

AL SEÑOR CAPITAN DE NAVÍO
DON RICARDO HERMELO.
AFECTUOSAMENTE.

EL AUTOR

POESÍA FESTIVA

MENUDENCIAS

UN VERANO

I

¡Rediez con el calorcillo,
que es tremendo el tal verano!
¡Jamás he visto otro alguno
más feroz y despiadado,
más agresivo y cargante,
más hosco, rural y huraño!
¡Y qué cortés parecía,
fino, atento y mesurado,
cuando recién presentóse
a formar parte del año!
Nadie al verlo pensó nunca
que fuera tan desalmado,
sino, al contrario, un bendito
incapaz de dar trabajo,
de mostrar tan grandes bríos
y, en fin, de escurrirnos tanto.

Uno no hubo a quien ¡farsante!
no dejara de ser grato,
ni a quien no ganara a fuerza
de complacencias y halagos,
de placidez y templanza,
de discreción y recato.
¡Qué verano, decían todos,
más atrayente y más guapo,
más comedido y discreto,
más cortés y más simpático!
¡Y vea Vd. lo que había sido
el tan ilustre fulano!
Hoy, no más, entre mil y una
herejías, que hace a diario,
pintó a una vieja el vestido
que recién se había estrenado,
al sentarse muy oronda
de la Avenida en un banco.
Llenó la boca a un carrero
de improperios hasta hartarlo,
y un perro estiró las patas
por su alto, imperial mandato.
Después hizo que se dieran,
con furia de enamorados,
de palos dos mozalbetes
por no sé qué viejo agravio.
Y que mi vecina Eulalia,
la jamona de mi barrio,

me endilgase de un respiro
este sin par alegato:
Señor don Torcuato, vengo
rabiando, señor, rabiando,
porque en verdad que subleva
proceder tan ruin y bajo
como el que usa el más odioso
e inculto de los veranos.
Mire Vd. cómo me ha puesto
en un segundo el malcriado;
fíjese bien, me ha deshecho,
¡si parezco un espantajo!
Postrada estoy del esfuerzo
que demandóme obcecado,
cuando faltándome el aire,
sin temores ni reparos,
débil ya, echóme encima
de un asiento del Botánico,
en el cual, el muy indigno,
con empeño redoblado,
ardoroso como nunca
y más que nunca abusando,
falto de todo respeto
acosóme hasta el desmayo.
Cuando de nuevo los ojos
abrí, después del letargo,
era otra, otra era Eulalia,
créamelo, señor Torcuato.

II

Si en ese instante, lo juro,
un esfuerzo sobrehumano
no impide el que dé respuesta
a tan chistoso relato
con la sonrisa más crédula
que asomó jamás a un labio,
la carcajada más amplia,
más sonora y sin reparos,
hubiera en tal circunstancia,
a no dudarlo, estallado.....
Fuése Eulalia, quedé solo
al par que reflexionando,
como pudiera haberlo hecho,
bajo su influencia abismado,
el más profundo filósofo,
el moralista más sabio,
en el poder portentoso,
en el poder no soñado
que ejerce en los seres todos
un sol de fuego en verano.
El que a la casta de Eulalia,
la jamona de mi barrio,
sugestionando en tal forma,
creer hizo en un atentado
realizado entre las frondas
sobre un banco del Botánico,

cual una nueva princesa
de algún palacio encantado,
a la que un dragón horrible
asecha desde mil años,
para saciar repugnante
en sus hechizos preciados,
sus apetitos de monstruo,
de monstruo horrible y malvado.

SAINETE LÍRICO

LA ILUSIÓN DE BESANIO

Acto II

Escena IV

PERSONAJES

Un Científico. — Dos transeuntes

Un paseo arbolado

Aparece un personaje con gestos raros y extraños ademanes, y a la vez que parece meditar profundamente, balbucea palabras incoherentes.

CIENTÍFICO

De la vida el arcano descifrando
va, poco a poco, mi talento enorme,
y así como analiza lo deforme,
lo que es bello también va analizando.
A las ciencias la ruta señalando
va, en consecuencia, mi intuición profunda,
y al par que de fulgores las circunda,
voy mi genial penetración probando.

Impávido en mi fe de selenita,
de Vesta adorador y de Neptuno,
de Stercutius, de Crépitus y Juno,
no hay quien mi vasta erudición no admita.
No a todos, sin embargo, capacita
el poder, aun deseando, comprenderme,
ya que de sabio el título al cederme,
Salamanca inmortal se felicita.

Veces hay en que pienso que más que hombre,
símbolo soy de incontrastable idea,
que avasalla y cautiva porque crea
lo fantástico, magno y aun sin nombre.
De las que brindan inmortal renombre,
verbo y acción al relucir fulgentes,
de las que son y han sido prepotentes,
de las que nunca habrá quien no se asombre.

Eso soy yo: Y al serlo me recreo
por los remotos mundos siderales,
penetro los misterios terrenales
y en el libro del tiempo también leo.
Todo, todo lo explico y lo preveo
al no haber para mí nada secreto;
yo no divago nunca, yo concreto,
pues que soy lo que soy: nuevo Proteo.

(Se aleja con mesurado paso)

UNO DE LOS TRANSEUNTES AL OTRO

¿Oiste bien? ¿Oiste cuál se debe
a tipo tan pagado y vanidoso?,
pues ese, ese mismo, es el famoso
Berengenes Beringes de Abeleve.
El que, de cuando en cuando, a hablar se atreve
y en nombre de las ciencias a endiosarse
porque llegó con griego a indigestarse:
un petulante, en fin, para ser breve.

UN BESO

—¡Basta ya! no más! ya basta!
—No, señor, que no te dejo.
—¡Vamos, Rafael!
                    —¡Vamos, Pepa!
—¡Cuán fastidioso te has puesto!
Sí; cual lo oyes, fastidioso
y más que eso majadero,
antojadizo, pesado;
estás, en fin, hecho un necio.
¿Te has propuesto por ventura
ser, como siempre, indiscreto?
—No sé a qué viene eso, Pepa.
—Pues bien debes comprenderlo.
—Desde el instante en que dudo
es porque no lo comprendo.
—¡Vaya que estás peor que nunca!
—Y tú cual nunca, es lo cierto:
déjate, pues, de remilgos,
de esquiveces y aspavientos.
—¡No, no me toques!
                    —Tontera.

—¡Que no me toques!

—Lo quiero.

—Mira, Rafael, si prosigues.......
—¿Cómo? qué dices? qué es eso?
¿a mí con tales caprichos?
—A tí, sí, ¿y que no puede,
por ventura, disgustarme
si te muestras tan molesto?
—¿Soy o no soy tu marido?
—Y bien y bien: ¿qué hay con eso?
—Que me debes obediencia
y, en fin, que yo te gobierno:
así ven, no te resistas,
ven al punto y dame un beso.
—¿Y prosigues con lo mismo?
—Me lo darás.

—No lo quiero.

—Me lo has de dar.

—No me toques.

—Mira, mujer, que te pego.
—¿Que me pegas? qué? qué has dicho?
¿que me pegas?

—Sí; lo cierto,

que te pego.

—Bien; pues pega.

—Pues toma....... ¡Paf!

UN SIRVIENTE —¡Vaya un beso!

—¡Ay! ¡ay! cobarde, ¡Dios mío!
pues me ha pegado ¡yo muero!
(Convulsiones, ayes, lloros
y un escándalo soberbio).
¡Cuán cierto es que siempre cerca
anda un moquete de un beso!

UN SUEÑO

Escribiré: ¿sobre qué?
¿Sobre qué tema me inspiro?
Mutis; exhalo un suspiro:
Verdad es que no lo sé.
Coloco la pluma a un lado;
bostezo, vuelvo a tomarla,
mas es en vano, al dejarla
la inspiración se ha esfumado.
Dormito; me hallo rendido;
el sueño me va invadiendo,
en tanto que alguien sonriendo,
de improviso ha aparecido.
Plantado en el medio mismo
de mi mesa de trabajo,
un ente rechoncho y bajo
me mira con gran cinismo.
¡Qué ser tan grotesco y raro,
diminuto y repelente!
¡Me hace una mueca insolente!
¿Se habrá visto más descaro?
¿Quién será este majadero
me digo, tan confianzudo,

patizambo y barrigudo?
¡Santo Dios! ¡es mi tintero!
Saluda luego atencioso
con una gran reverencia.
Si no fuera impertinencia
en verdad, sería chistoso.
A reir vuelve agradado
y sin temor a inmutarse,
al comenzar a pasearse
se expresa así el gran menguado:
¿Duermes? Muy bien, yo vigilo;
mejor si no estás en vena,
puesto que ello te condena
a dejarme algo tranquilo.
¿Conque escribes? ¡Noble oficio!
lo adopta todo pedante,
inútil, necio y.....

—¡Tunante!

me está sacando de quicio.
No te irrites, dice luego,
al ver que protesto airado.
No quiero verte enfadado,
mas escucha, te lo ruego.
¿Sabes gramática acaso,
que es lo primero de todo?
¿Sabes ciencias de algún modo?
sabes..... Escucha, hazme caso.
¿Que otra vez te has fastidiado?

¡qué necio eres! lo estoy viendo,
y al par también arguyendo
que ignoras cuanto he nombrado.
Pero demos por sabido
que eres versado en todo ello;
mas posees lo más bello:
¿talento cual es debido?
Aunque mira, concedamos
que te sobra también ésto,
mas responde, dilo presto:
¿qué ideal te inspira? sepamos.
¿Qué, te llenas de sonrojos?,
¿conque te crees aludido?
No pienses tal, no he querido
hablando así, darte enojos.
Terminó: Siento que estallo.
Sí; diréle lo que debo.....
Es extraño; no me atrevo,
trepido y, en fin, me callo.
Escucho una carcajada
sonora, indiscreta, hiriente,
me despierto de repente
y no percibo más nada.
¿Lo habré pensado despierto?,
¿dormido lo habré soñado?,
lo ignoro, lector amado,
mas lo contado es lo cierto.

¡VIVA LA PATRIA!

COMEDIA EN TRES ACTOS (1)

Monólogo de la Escena II del I Acto

Una calle cualquiera

PERSONAJE ÚNICO

UN POLÍTICO

Con aires de suficiencia y mesurado paso, aparece un personaje.

Lleva las manos a la espalda y debajo del brazo varios diarios.

A medida que desdobla cada uno de ellos. (Leyendo): El distinguido Dr. Magín. (Dejándolo caer): "El Tribuno".

El Dr. Magín, talentoso abogado de este foro, etc., etc.: "La Idea".

Nuestro eminente jurisconsulto, Dr. Magín: "El Orden". (Ufano) ¡Y siempre el Dr. Magín!

---

(1) La comedia no se ha escrito aún y es posible que no se escriba nunca

Para llegar a donde yo he llegado,
preciso es disculpar más de una ofensa,
las que, al fin, nada son si las compensa
un destino cualquiera, bien rentado.
¿Diréis que soy, sin duda, un descarado
al presentarme así, tan a lo vivo,
tan sinvergüenza, en fin, tan poco altivo?
Mas el que diga tal, está engañado.

¿Que he transigido acaso? No lo niego.
¿Que un servil quizá fuí? Bien; convenido,
pero de ello a mi vez me he resarcido,
y en verdad, de mis actos no reniego.
Y si no ya veréis; oid os ruego:
¿Qué vale más: Virtud sin alabanza
o defectos que llenen bien la panza?
Esto último ¿verdad? Pues, desde luego.

¿Posee mérito alguno el pobre loco
que se pasa los años estudiando,
y tras graves problemas meditando
sin que nadie lo aliente? Pues tampoco.
Pero en cambio poséelo todo un topo,
que por topo ha de ser más halagado
por la opinión común, que consagrado
lo tiene por un sabio y no por topo.

¿Lo tiene, por ventura, aquel que austero,
sin alardear de recto o de abnegado,
en su vida de estoico ha practicado
de la moral el ciclo por entero?
¡Qué ha de tenerlo, pues! Un majadero
llamarle oiréis al último pazguato,
y al más insigne y necio mentecato
que ni siquiera sabe porqué es cero.

¿Y aquellos lo tendrán, seres ideales,
que hacen un culto de cuanto hay de humano,
de noble, de ejemplar, de digno y sano,
y luchan sin cesar por sus cabales?
No, no y siempre no; pues los desleales,
los cobardes, los bajos, los obtusos,
han de probar que son unos ilusos,
y sus sueños, fanfarras celestiales.

En cambio yo, político admirado,
que sé como del pueblo se hace caso,
soy el doctor Magín, un talentazo,
y para honor de honores, diputado.
Mi nombre, pues, ha de brillar al lado
del de Rawson, de Alberdi y de Sarmiento,
y aunque os riáis porque parezca cuento,
es la pura verdad, y he terminado.

UN CONSEJO

De tus duelos las sombras desearía
me prestaras, mancebo;
es necesario oscurecer mi reino
y tinieblas no tengo.
Así me habló Luzbel, noches pasadas,
torvo el semblante y tétrico,
de mi aposento apareciendo en medio
de un resplandor maléfico.
Miréle yo, y al punto respondile:
¿Quién te ha dicho que tengo
negruras, que pudieran, cual tu piensas,
oscurecer tu reino?
Y sin dejarle tiempo para réplicas
le continué diciendo:
Yo podría sacarte del apuro,
atiende mi consejo.
Hay alguien que en cuanto a tener brunos
conciencia y pensamiento,
encontrar no podrías quién le iguale
ni a quién cederle el puesto;
recurre, pues, a ella que en seguida
verás si yo te miento;

no tardes un instante, caro amigo,
que tengas buen encuentro.
¡Psh! ven, escucha, que olvidaba
decirte algo en secreto:
No vayas a contar que yo te mando,
pues odio los enredos.

Pierde cuidado, amigo, dijo el Diablo,
y se largó tan presto,
que ni tiempo dejóme para hacerle
la cruz, aquel protervo.

Anoche estaba a solas cuando ¡zape!
se presentó de nuevo,
pálido, triste, lagrimoso, mustio,
cual si se hallara enfermo.
Después de saludarnos convidéle
a que tomara asiento,
y así lo hizo, en seguida, pues decía
sentir gran desconsuelo;
cansancio, malestar y otras mil cosas
que yo ya no recuerdo.

Luego de hablar un rato preguntéle
si estaba satisfecho,
de quien antes contado le había algo,
aquella del consejo.

Calló al oirme, y con macabra mueca
díjome con despecho:
Llevéme su alma, y por su mal es tanta
su negrura, por cierto,

que en mi propio elemento, no es de creerlo,
lo juro, estaba ciego;
tuve que despedirla incontinenti
pues vivir no era aquéllo.
Al afirmarlo el Diablo no hay ya duda,
mi adorado tormento,
que si con tu alma oscureciste su antro
y le volviste ciego,
¿cómo no tornar lóbrego y sombrío
el amor que alimento,
cuando con ser lo que es, tú no has podido
caber ni en el infierno?

MINGUETE

¡Qué rico tipo es Minguete
cuando se pone a charlar,
ya que es de oir y alabar
la labia de este pebete!
Apenas si hilvana un *no*,
con un *quero*, dicho en seco,
y ya me larga un *tá feco*
como jamás se escuchó.
Un *va a ve* que da terror,
y un *no e cieto* que da risa;
un *coya* que infunde prisa
y un *becho* que es un primor.
Un *la lagua* que hace creer
que está lloviendo a torrentes,
y un *víbala*, que hay serpientes
peligrosas, por doquier.
Un *goblo* como "El Pampero"
del Aero-Argentino Club,
y un tan atento *sadú*,
que sólo es de un caballero.
Un *cholate* que es de ver
lo que agrada en las mañanas,

y un *tomoli* que dan ganas
de hacerse al punto "chauffeur".
Pero nada es lo anterior
con esta frase elocuente
que él dirige seriamente
a todo interlocutor:
"Mamá, sabe, me pegó
po que yo comí la *suca*,
y dice que soy un *muca* (1)
Digamé, ¿soy muca yo?

---

(1) Muca (mosca).

DE VIAJE

I

—Prepárame las maletas
que al punto ausentarme debo.
—¡Cómo! ¿te marchas?
—A Salta.
—¡Por Dios! A Salta ¡Qué lejos!
¿Y vuelves cuándo?
—Lo ignoro.
—¿Qué? que lo ignoras?
—Lo cierto.
—¡Pero Manuel! ¿cómo, dime,
piensas partir sin saberlo?
—¿Cómo? tomando pasaje
en el tren que pasa luego.
—Sin duda, mas.......
—¡Vamos! basta!
que estás malgastando el tiempo;
ninguna orden me discutas;
así, pues, guarda silencio.
A preparar las maletas
vete al instante.
—Voy presto.

II

—Oye: ¿Llevar no querrías
alguna ropa de invierno?
Por Salta, según he oído,
reinan fríos muy intensos.
—Bien, bien, como tu dispongas;
mas dime: ¿Porqué te muestras
como siempre indiferente
sabiendo que parto luego?
¿Te causa acaso alegría
el que me marche tan presto?
—¿Y si te enfadas cual sueles
hacerlo, cuando me quejo?
—¡Vaya que estás temerosa!
Si así hablo es que lo quiero.
—Según eso.....

—No, ya es tarde;
sería muy tonto el hacerlo.
—Entonces callo?

—Sí; calla,
pues ya se extinguió el deseo,
y maldito si me causa
gracia alguna, todo aquello
que se simula o se imita
o manifiesta a destiempo.

III

—¡Vamos! que estás peor que nunca!
Más de una hora hace que espero
que hables, aunque cual siempre,
es en vano, ya lo veo.
—¡Pero, Manuel!, ¿cómo quieres
que lo intente, si comprendo
que te molesta?
—¿Qué dices?
No me molesta, no es cierto,
lo que, en verdad, me fastidia
es tu continuo silencio.
Además, pensar debías
que me voy, y, según eso
decir algo que consuele,
que conforte, algo de afecto.
—¿Y qué deseas que te diga?
—¡Qué comienzo tan soberbio!,
¿conque nada se te ocurre?,
pues bien, te daré el ejemplo.
—¡Pero, por Dios, por Dios santo!
¿por qué estás tan majadero?
¡Qué! ¿sollozas por ventura?
¡Ahora sí que la has compuesto!
¡Eso no más te faltaba,
para mandarte al infierno!

Vamos a ver; no consiento
que ante mí lo hagas, pues pienso
que la mujer de un Teniente,
cual la hoja mejor de acero
templada ha de ser, ¿me entiendes?
Sobre todo para aquello
que lucha implique o molestia.
Así, basta, pues no quiero
verte llorar. Ahora, escucha
que ya se acerca el ejemplo.
Escucha, pues: Bien podrías
haberme dicho sólo ésto:
¡Qué! ¿te vas? no, ni lo pienses,
irte no puedes, lo ordeno.
Y demostrando carácter
habrías, cual el que tengo,
aparte de lo que implica
en la mujer, tal deseo.
Así, pues, dí, que te escucho.....
Y ¿lo dirás?

—Bien, comienzo.
—Comienza.

—Oye: querría,
y tómalo como un ruego,
Manuel mío, que no fueras
a Salta, ¡queda tan lejos!
—No está mal; mas tu bien sabes
que aunque quisiera no puedo

acceder a lo que pides;
lo manda así el Reglamento.
—Entonces anda.
—¡Cuán necia
te muestras mujer, en ésto!,
pues si te digo que vóime,
tu respondes: No lo quiero.
Y si por deber insisto,
agregas que partir debo:
En verdad, te creía imbécil,
aunque nunca a tal extremo.
—¡Pero, Manuel!
—No permito
que interpongas ningún pero;
lo dicho, que eres imbécil,
e imbécil hasta el exceso.
—¡Pero, Señor!
—No prosigas
porque en verdad que reviento,
o estallo, como tu quieras,
ya que sufrirte no puedo.

IV

—¡El tren! escucha:
—¿Qué dices?
—Que ya no te resta tiempo

para tomarlo, que parte.
Escucha ¿lo oyes?
—¡Mil truenos!
relámpagos y centellas!
A mí sucediéndome ésto
cuando ejemplo siempre he dado
de ser puntual y correcto.
¡Y por tu culpa! mil rayos
te partan! Soberbio estreno
este de mi viaje a Salta!
¿Lo ves al fin?, lo estás viendo?
Marcha a tu cuarto en seguida
y cumple en él, de un arresto,
el tiempo que necesito
mientras que de Salta vuelvo.
Vamos al punto, que en todo
se ha de cumplir lo que ordeno,
pues en casa, bien lo sabes,
tú eres Cabo, yo Sargento.

DECLARACIÓN

Tú eres el casto
beso, arrancado,
al adorado
ser, que se amó;
y yo el mordisco
que enviando a un cuerno,
la suegra al yerno
le propinó.
Tú eres la gema
de mil colores
con que las flores
suelen soñar;
y yo un pedazo
de vil cerote,
o algún cascote
que hay que arrojar.
El eco tú eres
más armonioso
que en el umbroso
bosque se oyó,
y yo el rebuzno
peor modulado

que enamorado
burro, exhaló.
Lo hermoso tú eres
en que hay poesía,
yo picardía
que hay que callar;
tú eres acorde,
yo soy chillido,
fiero bramido,
ronco tronar.
Tú eres el alba;
yo media noche;
tú el casto broche
de blanca flor;
yo, entre malezas,
un mustio abrojo,
yo, cruel enojo;
tú eres amor.
Y, por fin, tú eres
el mar undoso
que por lo hermoso
da admiración;
tú, de los mundos
cielo estrellado,
tú, verde prado,
yo, mancarrón.

CELOS

Mírame con caricia en la mirada
y en los labios sonrisa que enamore,
deja, mi bien, que el corazón añore
la dicha de adorarte, ya pasada.
No te muestres esquiva; ven, desecha
esa tristeza en que tu ser se anega,
y cual antes sonriente hasta mí llega,
y en ansias de querer, mi ser estrecha.
Después reclina tu cabeza hermosa
sobre mi pecho que te aguarda ansioso,
ven dulce ensueño de mi afán precioso
y en envidiable placidez reposa.
¿Por qué te apartas, dí, ya no me quieres?
¿ya no soy para tí lo que antes era?
¡Oh! ¡cuánto, cuánto por saber no diera,
porqué a mi amor la soledad prefieres!
¿Te he ofendido yo acaso? Dí; te olvido?
¿abandono es la causa de tu duelo?
¿Y abandono y olvido yo a mi cielo
por ventura, Señor? Dime: ¿te olvido?
¿No me respondes ya? ¡Ah! ¿también lloras?,
desesperarme intentas hoy sin duda;

¿por qué a mis ruegos permaneces muda,
amargando, mi amor, tan gratas horas?
Ya comprendiendo voy; tu tienes celos;
celos no sé de quién, pero los tienes;
lo leo en la faz que contra mí previenes,
la que llenan de enojos tus recelos.

II

¡Han llamado? Ya va..... ¡Cómo golpea!
Voy a abrir. ¡Quién será! ¡Qué prisa tiene!
¡A que es mi buena suegra la que viene!
¡Zas! ¡zás! No hay duda ya. ¡Maldita sea!
—Buenas tardes, no más......
—Muy buenas tenga.
No puede darse otro mayor cumplido.
¡La que ahora se va a armar! Estoy perdido.
De seguro no habrá quien la contenga.
Y es de ver cual penetra sin pedirme
ni el más simple permiso campechano,
que mirar, sonreir y dar la mano,
son honores que nunca ha de rendirme.
Y tras la niña que su afán provoca,
cual si de ésta uno fuera el carcelero,
con gesto altivo y a la vez severo
se larga al punto, de aflicción ya loca.

La encuentra luego, y un millón de abrazos
fuerza es en ella que al hablar preceda,
para al cabo sentir que sin más rueda
por los suelos mi nombre hecho pedazos.
Escuchad que comienza, pues que la halla,
sin duda alguna, lloriqueando a solas,
y encrespándose al punto cual las olas
de un mar revuelto, furibunda estalla.
Y ésto no es de hoy, que cada vez que viene,
lo propio ha de decir vociferando,
ya que sólo le es dado hablar gritando
cual a su augusta majestad conviene.
Es un bribón, le dice, un desalmado,
un guarango, un patán, un petulante,
un necio, un badulaque y un pedante,
y un descortés, en fin, y un deslenguado.
¡Hacer llorar la chica! qué villano!
¡qué proceder tan ruín y tan odioso!
Y más que ruín y bajo y bochornoso,
¡tan injusto, tan cruel! tan inhumano!
¿Por qué gimes así? ¿por qué suspiras?,
¿por qué te afliges, dí, de esa manera?
—No me aflijo, mamá, lo que debiera.
—Tú exageras, sin duda; tú deliras.
—Delirar cuando sé de buena fuente
que es un desleal, un falso y un perjuro?
por más que es mucho peor, te lo aseguro,
a estar a lo que dicen.
—¡Qué indecente!

¿Y qué es lo que de él cuentan que sollozas
con tan gran aflicción y desconsuelo?
—¡Que tiene una mujer y un mocozuelo!
¿Es de creerlo mi Dios?
—¡Jesús, qué cosas!
—Eso, dímelo tú, qué es lo que acusa?
¿Y aun más si, como afirman, la mantiene,
viste, calza, la mima y se entretiene
llamándola mi amor, mi afán, mi musa?
—¿Musa dícela él? Musa la llama?
¿Conque sí, no es verdad, esas tenemos?
Conmigo ven, sí, ven, que ya hablaremos,
que un hecho tan atroz, venganza clama.
—(Apróntate, Javier, que enfurecido,
con ansias de exterminio y de venganza,
desquite ansiando el enemigo avanza;
conque así apróntate, Javier querido).
Ya se acerca, llegó. ¡Qué cara tiene!
Esperemos tranquilos la embestida,
que ha de ser, de seguro, muy reñida
la batalla a lidiar, cuando así viene.

III

—Diga Vd. so mal hombre y mal marido.
—¿Me permite, señora, una palabra?
—No permito a Vd. nada, que la que habla
es su señora madre; ¿ha comprendido?

Así conteste Vd. que aquí he llegado
no a entablar alegatos sin sentido,
sino sólo a inquirir lo que es debido
ya que es fuerza saber lo que ha pasado.
¿Es verdad lo que dice el vecindario?,
¿lo que afirma sonriendo el mundo todo?,
¿y divulgado se halla de tal modo
que ha salido ayer mismo hasta en un diario?
—Ignoro qué será ello.

—¿Que lo ignora?

¡Qué inocente es Vd.!; bien se está viendo,
mas no lo es el audaz que está viviendo
con mujer que no fué ni es su señora.
—Y a mi vez le diré que nunca a medias
pregunto cosas que saber deseo,
así será Vd. franca, según creo,
evitando sainetes y comedias.
—Conque sea franca, ¿no? Conque evitemos
comedias y sainetes ¡gran farsante!
¿Y de donde ha salido esa su amante
que tanto, por desgracia, conocemos?
La predilecta de sus dulces mimos,
para andar con la cual jamás se rehusa,
esa cualquiera que se llama Musa
y a quién ayer por la Avenida vimos.
¿Conque se porta Vd. de esa manera
y a sus mejillas el rubor no asoma?
—¿Pero habla Vd. en serio o habla en broma?

—Le hablo a Vd. como debo ¡calavera!
—¡Señora, piense!.......

—Yo no pienso nada.

y aun más habiendo un chico de por medio.
—Para esa afirmación no veo remedio,
ya que ella es por demás disparatada.
—¿Disparatada dice, cuando el nene
le llama a Vd. papito a todas horas?
—Y te fastidias, gritas y encocoras
cuando nadie, si chilla, lo entretiene.
—¿Y tú también insistes en la historia
que quién sabe qué imbécil ha forjado?
—Escucha esa razón; ¡Qué condenado!
—Bien se ve que has perdido la memoria.
—¿La memoria de qué? de qué he perdido?
—De que invocas, tiernísimo, a tu Musa,
y aunque siempre es en forma algo confusa,
bien clarito, hoy no más, lo he percibido.
—¿Que yo invoco a mi musa? Y qué hay con ello?
—¡Nada! qué puede haber cuando no hay nada!
¿Se habrá visto jamás mayor bobada?
—¡Por fin el inmoral confiesa aquéllo!
—Ignoras, por ventura, que el poeta
llama en su auxilio, inspiración buscando,
a esa deidad de la que estás dudando,
no sabiendo qué encierra o qué concreta?
—¡Qué escucho! ¿Es poeta mi buen yerno?
¡Con razón es entonces un perdido!

¡Albricias! que es poeta tu marido!
—Vd. señora mía, se va a un cuerno.
—¿Qué ha dicho el gran audaz, el descarado?,
¿el que lanza improperios a toda hora?,
¿el que perdón de su mamá no implora
por vivir como vive un condenado?
¿El desleal?, el sin ley?, el mal marido?
¿el farsante, perjuro y gran tronera?
—He dicho lo que oyó, lo que debiera.
—¿Escuchas lo que afirma este atrevido?
¿Hay acaso de enmienda una esperanza?
Vamos, hija, de acá, vamos ligero,
que no es dable tratar con un carrero
que decencia simula y buena crianza.
Y puesto que ya has visto como abusa
de tu santa bondad el gran veleta,
pide el divorcio, que como es poeta
puede, muy bien, quedarse con su Musa.

IV

—¿Quién, con calma, Señor, ésto resiste
si su hogar ve trocado en un infierno?
¡bien pueden irse, pues, al mismo cuerno,
musa, suegra y mujer, y cuanto existe.

POESÍA AMATORIA

PERFILES Y ARMONÍAS

ARMONÍA I

Soy el rumor que se escucha
en la marchita arboleda
cuando la hojarasca rueda
en la estación otoñal.
Soy la tarde que arrebola
con su luz a la alta esfera;
soy la nube pasajera
que cruza la amplia región.
De la noche soy los ecos;
soy la ardiente luz del día,
y de la ola en su porfía
soy el continuo vaivén.
Yo soy la perla de llanto
que deposita la aurora,
y que el astro-rey colora
en el cáliz de la flor.
De la fuente la armonía
que se desata en murmullos,
de las flores los capullos
y el aroma de ellos soy.
El himno soy que Natura
canta en la hora vespertina,

y de la flor que se inclina
soy la brisa matinal.
Soy del alba la luz tenue
y de las cumbres la nieve,
la honda pena que conmueve
y la intensa dicha soy.
Soy las ansias no alcanzadas;
de la esperanza el ensueño;
el dulce, grato beleño
que se transforma en amor.
Yo soy la quietud, la calma
infinita del desierto;
el melancólico e incierto,
vago rumor de la mar.
Soy la vela que se aleja
y entre las sombras se esfuma,
el níveo copo de espuma
de esa mar, yo también soy.
Soy la visión de los sueños
en la mente del poeta,
soy augurio en el profeta,
soy la diosa Inspiración.

PERFIL 1.º

Primaverales ternezas
del bosque agreste y florido,
coloquio dulce y sentido
de la brisa con la flor;
vago acorde que llegando,
de amor remeda un lamento,
los ecos son del acento
que se modula en su voz.



Lampos de luz desprendidos
de dos estrellas radiosas,
estrellas aun más hermosas
en tanto más se las ve;
fulguraciones que encienden
mil pasiones encontradas,
tales son esas miradas
do se retrata su ser.

Juventud: fuente de vida
y Belleza, flor lozana,
donde lo egregio se hermana
a soñada idealidad;
todo, en fin, cuanto perdura
a despecho del olvido,
se halla en ella confundido
y realzado por igual.

ARMONÍA II

Poesía es la dulce,
fulgente mirada,
posándose en otra,
radiante de luz;
la calma en que yace
la mar solitaria,
la cruz rutilante
del cielo del sur.

La tarde que muere
tranquila a Occidente,
la noche que entreabre
su negro capuz;
lo hermoso, lo puro,
lo noble, lo bueno;
la grata esperanza
y al par también tú.

EPISTOLAR I

Hoy tu carta llegó tan esperada
y al abrirla entreví tu nombre impreso,
y no pudiendo contenerse, un beso
sobre él posó mi alma enamorada.
Mas si es que ofendo, al recordar el hecho,
tu pudor, tu inocencia o tu decoro,
sábelo bien, aunque perdón imploro:
Arde por tí un volcán dentro mi pecho.
Por tí la Inspiración préstame aliento
porque eres tú la que mis sueños labras,
la que transforma ideas en palabras,
la que me hace sentir como yo siento.
La que forja ilusiones y deseos,
el solo lauro que anhelar pudiera,
si es que alguna vez soy lo que al fin fuera;
la que surgiere en mí, mil devaneos.
Pues que lo sabes ya, paso a decirte
que ella ha traído sin igual ventura,
porque un Edén para mi amor procura
el poder, contestándola, escribirte.
Que mis febriles ansias has calmado
con esas pocas líneas que me envías,
y que mis largas noches y mis días

serán para adorarte, bien soñado.
Que aun cuando ausente estés y no te vea,
que no por eso llegará el olvido,
que tú siempres serás lo que ha querido
mi más cara ilusión que en tí entrevea.
En la tuya me dices que atesoras
de la prosa que rimo los cantares;
para escribirte a tí guardo a millares
estrofas tiernas y a la vez sonoras.
Si el amor que yo siento conocieras,
si a comprender llegaras lo que encierra,
no habría para tí sobre la tierra
inmensidad como él que no midieras.
De pasión cual la suya no se sabe,
ni de un amor como él, jamás se ha oído,
como el poder de Dios desconocido,
en un mundo inmortal tan sólo cabe.
Yo no sé si hago mal en confesarte
lo que hasta aquí discreto había ocultado,
pero no puedo, no, quedar callado
cuando si tengo vida es para amarte.

PERFIL 2.°

No hay duda que es cual se piensa
y cual se piensa acontece,
pues al mirarla entrevése
en ella, dulce bondad;
modestia, sinceridad,
joyeles de su hermosura,
y en su sonrisa ternura
y en su porte majestad.

En su andar esa cadencia
sólo propia de deidades,
sin que nublen vanidades
don tan bello y singular;
y en ese acento sin par
como un murmullo lejano,
murmullo que si es humano
es por serle peculiar.

En sus perfectos perfiles
los perfiles de una diosa;
celajes de nieve y rosa
en sus mejillas en flor;
bermejas cuando el pudor
las colora con un beso,
y no, sin duda, por eso
menos pura que el candor.

ARMONÍA III

De mis gratos ensueños de otros días,
apenas si una sombra réstame hoy,
sobre ellos también batió triunfante
ha mucho ya, sus alas el Dolor.
En las ruinas sin glorias del recuerdo,
que de otrora conserva el corazón,
más que en nada se ostentan imborrables
las huellas que al pasar aquél dejó.
Y no obstante me pides una estrofa
que aroma preste a tu ventura en flor.
¡Oh! no exijas que anegue de tristeza
descolgando mi lira tu ilusión!

PERFIL 3.º

¿Que no es esbelta?
no lo ignoraba;
¿que no es graciosa?
también lo sé;
mas ya quisieran
muchas hermosas
lo que ella vale
poder valer.

¿Que es algo esquiva?
no es un defecto;
¿que es cautelosa?
sin duda, lo es;
mas ya quisieran
muchas hermosas
lo que ella vale
poder valer.

Porque si hay algo
aun más preciado
que un fino talle
y un breve pie,
es lo discreto
de los modales,
de los modales
de una mujer.

AMÉMONOS

Dime que me amas como yo te adoro,
necesito saber que tú me quieres,
y que a nadie, mi bien, a mí prefieres
porque yo para tí todo lo soy.
Pues celos siento de la rauda brisa
cuando en las tardes con tus bucles juega,
del ave, de la flor, de cuanto llega
a llamar inocente tu atención.
De la luz, del ambiente que respiras
y hasta del mismo pensamiento tuyo;
en mis ardientes celos todo incluyo,
y aun a tí si no fueras tú mi amor.
Porque te amo cual se ama el grato y tierno
dulce recuerdo de ilusión querida,
cual se aman los ensueños de la vida,
la ventura, la dicha que pasó.
Como se aman los cielos en las noches
en que brillan tranquilas las estrellas,
cuando fulgura el firmamento entre ellas
con tenues tintes de celeste luz.
Como yo amo feliz al adorarte
cuando tú en cambio me sonríes dichosa,

como se ama la dicha venturosa
de saber que en nuestra alma laten dos.
Como yo amo la gloria bendecida
de nutrir de calor a mis estrofas,
de tu amor con las flores que deshojas
ante el ara común de nuestra fe.
Porque es amar si al encontrar reunida
en sólo un ser la aspiración del alma,
se siente uno feliz entre la calma
que disfruta junto a él el corazón.
Porque es amar el confundir dos vidas
en una sola de cariño inmenso,
como el que une las nuestras, ese intenso,
eterno, sin igual de nuestro amor.

ARMONÍA IV

Al apurar mi copa, ella sonrióse,
bien lo noté, mas nada dije yo;
del festín el bullicio se extinguía,
al par que de las luces el fulgor.
En la penumbra del salón a solas
al poco rato hablábamos los dos:
—¿Por qué reías, — pregunté intrigado, —
cuando brindé por nuestro mutuo amor?
Miróme con desdén; vaga sonrisa
su bello y dulce rostro iluminó.
Es que entonces pensaba, respondióme,
en ¡cuán necio hace al hombre una pasión!

PERFIL 4.°

Bella, más bella
que la alborada
nívea y rosada
de un día estival,
une al encanto
de una alma hermosa,
la bulliciosa
gracia jovial.

Es del ensueño
la fantasía,
luz y armonía,
línea y color;
es cuanto abarca
misterio y duda,
tras los que escuda
su imperio Amor.

ARMONÍA V

Todo en tí para adorarse
hecho fué, lo sé muy bien,
mas tu corazón responde:
¿por qué es tan negro y tan cruel?
¿Por qué tu dulce sonrisa
muestra un dejo de desdén?
¿Por qué tu mirar destella
de orgullo un rayo, por qué?
¿Por qué tu serena frente,
tan bella y nívea como es,
oscurécese a menudo
en vez de resplandecer?
¿Será porque nada existe
perfecto, mi dulce bien,
o porque en mostrar te afanas
lo mudable que todo es?

EPISTOLAR II

AMÉMONOS

Me disgustan las necias fluctuaciones
en el amor, mi bien, más que ningunas,
y aunque las taches hoy de inoportunas,
el por qué te expondré de mis razones.
Si al comenzar ya expreso lo que siento,
porque yo infiero que razón me asiste,
no pienses, no, por ello que esté triste
sino malhumorado y descontento.
¿Por qué? me dirás tú. ¿Por qué? por nada.
Si motivos no tengo para estarlo,
presumo inoficioso el preguntarlo
y el que ésta deba dar por terminada.
Mas si es, aunque no creo, tu inocencia,
tan natural, palpable y manifiesta,
de mi carta diré que la respuesta
esperando aún estoy con impaciencia.
Que uno tras otro, innumerables días
han transcurrido ya sin que me escribas,
y aunque quizá mis ansias no concibas,
que vuela el tiempo presumir debías.
¿Qué tu silencio motivarlo puede,

y qué causa es la tuya de desvío?
Al pensar que me olvidas desvarío,
no sabiendo, en verdad, qué me sucede.

¿Acaso de mi amor las ilusiones
ha marchitado ya la indiferencia,
o es que abatiendo tu ánimo la ausencia,
aquéllas se han trocado en decepciones?

Habla, mi bien, que tu palabra espero
deseando oír lo que tu labio diga,
que hoy más que nunca tu mudez me intriga,
al par que más que nunca desespero.

Que ese tu dulce, encantador acento
llegue otra vez a mi impaciente oído,
y grato sea, y a la vez querido
recordar de otras horas el momento.

Que, cual antes, me jures que me adoras
con la ingenua pasión de tu alma pura,
afirmando radiante de ventura
que es tan sólo mi amor el que atesoras.

Que en cambio yo te brindaré cumplido,
donde impera feliz la Fantasía,
alcázar de oro y plata y pedrería,
y un reino cual jamás haya existido.

Príncipes mil y nobles caballeros
ante tí rendirán pleito homenaje,
rindiéndote a la vez su vasallaje
damas y guardias, pajes y escuderos.

Canoras aves, rumorosas fuentes,

parques, jardines, música, alegría,
completarán tu dicha, vida mía,
entre festejos mil, siempre crecientes.
No habrá capricho tuyo que no sea
al punto por mí mismo complacido,
que no obligue mi empeño decidido,
que un mandato de amor en él no vea.
Sí, mi bien, mi ventura, mi esperanza,
dispuesto estoy a complacerte en todo,
mas compensa mi empeño de algún modo:
contesta, mi tesoro, sin tardanza.

PERFIL 5.°

¿Quieres saber lo que pienso
de tu decir hechicero,
cuando tierno y placentero
llego tu acento a escuchar?
Que no es dable imaginar
otra música más suave,
pues cual los trinos del ave
hace sentir y soñar.

¿Quieres saber lo que pienso
de tu mirar expresivo,
siempre dulce y persuasivo
cual conviene a tu bondad?
Que tu gracia y majestad
nada dicen comparadas
con tus lucientes miradas
al destellar castidad.

¿Quieres, en fin, que te diga
lo que pienso de tí misma
cuando al mirarte se abisma
mi alma toda en reflexión?
Que has de ser la encarnación
del más bello ideal soñado,
que hasta la tierra has bajado
para que haya inspiración.

ARMONÍA VI

Si de tus sueños juveniles todos
vieras que ni uno solo te restaba,
porque el dolor sobre ellos iracundo
un día batió sus funerarias alas;
piensa que cuantas almas quizá existan,
más que la tuya, acaso, acongojadas,
las que callando sufren, sin siquiera
vislumbrar un destello de esperanza.

Si cuanto amaste sucumbió del tiempo
al embate cruel que todo arrasa,
y te hirieron angustias y tristezas
y brilló en tus pupilas una lágrima;
piensa que allá en el fondo, siempre cruenta,
de duelo cada ser, lleva una página,
y que esas existencias, sin embargo,
quizá no motivaron su desgracia.

Si en quien fundaste tu ambición confiado,
y la dicha más grata a que aspiraras,
de tu candor mojóse, y al hacerlo,
todas tus ilusiones derrumbara;
que hay más de un ser recuerda, a quien no es dado
poder sentir y atesorar una alma;
en esos sí que la desdicha es grande
porque nunca lloraron una lágrima.

PERFIL 6.°

Si la noche prestó a su cabellera
de sus sombras más densas el color,
el armiño a su cutis la blancura,
inmaculada y tersa le prestó.
Al verla el día se sintió envidioso,
loco de celos ante aquellos dos,
y para hacerla incomparable quiso,
fundir en su mirar todo su sol.

ANHELOS

Si antes que tú, ser quisiera
lo que por tí no sea ansiado,
te diré, mi bien preciado,
lo que yo quisiera ser,
para que así a conocer
mi intensa pasión comiences,
y que al conocerla pienses
cómo me es dado querer.

—

Yo quisiera antes que tú
sufrieras un desengaño,
sufrir el más grave daño
que se pudiera desear,
para así poderte ahorrar
cuanta congoja te hiriera,
cuanta pena te afligiera
haciéndote sollozar.

Antes que tú yo querría
para mí todo el martirio
que pudiera en su delirio
destino cruel inferir;
todo el más hondo sufrir
para que tú no sufrieras,
todo cuanto no quisieras
que te llegase a afligir.

Para mí todas las sombras
con que negra noche encierra
la redondez de la tierra
faltando luz estelar,
y para ti un luminar
de hermosos soles quisiera,
si ello decirte pudiera
de qué modo yo sé amar.

Yo querría, si pudiese
ser realidad lo que anhelo,
ser el más hermoso cielo
de los que hasta hoy concebí,
lo querría para tí
y no para mí lo ansiara,
pues que con él no soñara
si habría de ser para mí.

Ser quisiera áspera senda
si tú de rosas lo fueras,
para que ufana pudieras
a las brisas cautivar,
y si del alba a faltar
el rocío te llegara,
lágrimas de amor llorara
deseándote alimentar.

De las selvas ser quisiera
los susurros misteriosos
si los ecos armoniosos
de ellas fueras, o el rumor;
el aroma si una flor
fueras, hermosa y fragante
para que el céfiro errante
desesperara de amor.

Ser quisiera árbol frondoso
siempre que tú fueras ave,
que con trino dulce y suave
dieras contento en redor,
el siniestro, hondo fragor
de las borrascas sería,
mas si tú fueras el día
que trae consigo esplendor.

Si eres débil, yo soy fuerte;
yo el trovador, tú la dama
que con el alma a aquél ama
por lo esforzado y leal;
yo la lira que inmortal
ha de hacer tu nombre hermoso,
tú lo tierno, lo amoroso,
lo supremo, lo ideal.

ARMONÍA VII

"Hace mucho tiempo",
muchos años hace
que pasó por siempre
nuestro idilio aquel";
y no obstante aun vive,
como ideal ensueño,
dentro de mi pecho
el recuerdo de él.

Hoy llegué a tu alcoba
con la imagen plena
de tu bello rostro,
tal como era ayer;
algo me atraía
hacia aquel santuario
donde siempre flota
tu alma de mujer.

Y ante aquel teclado,
blanco cual tus manos,
en que en cada acorde
me juraste amor,
anegóse mi alma
de tristeza y pena,
de infinita angustia,
de letal dolor.

Y lloré pensando
que es inútil todo
cuanto amante sueña
tierno el corazón,
pues que siempre rueda,
por fatal mandato,
rauda hacia la nada
la mayor pasión.

PERFIL 7.°

Cual ningunas sin sentido
han de ser siempre al oído
las estrofas a sonar,
si se anhela que se cante,
y cantando que se exalte,
de su gracia lo sin par.

Hay intentos que no pueden
realizarse sin que queden
de antemano sin acción;
cual, sin duda, es la locura
de cantar a una hermosura
que es la propia Perfección.

ARMONÍA VIII

Cayó la noche en mi cansado espíritu;
la noche del amargo sinsabor,
y aun esperé que el porvenir pudiera
encender en su ocaso un nuevo sol.
Y el tiempo transcurrió, lento cual siempre,
con pesado, monótono compás,
a igual que antes, sombrío y silencioso
cual el genio sin término del mal.
Y existo sin embargo, pues la horrenda,
honda duda que surge ante el no ser,
puede más, puede más que este tormento
en que luchando vivo, aunque sin fe.

EPÍSTOLA III

Hoy la tuya llegó: Cuando impaciente
rasgando el sobre descubríla ansioso,
presentimiento triste y doloroso
veloz cruzando oscureció mi mente.
¿Qué por mi ser pasó? No sé, mas algo
cual sombra de aflicción, de duelo y llanto,
augur para mí fué de desencanto
y de lo poco que a tus ojos valgo.
En seguida leí: "Mi buen amigo":
Dudo mucho, en verdad, que haya existido
quien queriendo cual yo haya podido
ya que no ser amante, ser amigo.
Pues en amor, mi bien, según entiendo,
todo debe uno ser o no ser nada,
aunque solloce el alma enamorada
y de pena y dolor viva muriendo.
Imaginarte debes que lo digo
por aquél que jamás haya anhelado,
un bien por otro bien que le han negado,
como en reemplazo atesorar: Prosigo.
"Sus versos recibí; me gustan mucho;
preciosos son, mi álbum he aumentado,
aun cuando no creo ser el bien soñado

que a Vd. llamar de su existencia escucho".
"Pues me dicen que estrofas tan sentidas,
su Musa tienen, mas no en mí inspiradas,
que es otra la beldad idolatrada
a quien rinde alabanzas tan cumplidas".
"Que con el corazón yo le agradezco
objeto ser de su amoroso halago,
y aunque nada brindarle puedo en pago,
pues nada tengo, mi amistad le ofrezco".
Como final diré de lo que cito
que no sé si concluir en punto o coma,
pues en vez de Tomasa, sólo Toma
puede leer al terminar lo escrito.
Comentarios, mi bien, aunque lo sienta,
hacer en su favor, nunca podría,
porque ¿qué comentario le cabría
cuando ella por sí sola se comenta?
No obstante, a pesar de ello yo aun espero
volver a contemplar cual antes pude,
al cielo de mi dicha, sin que dude
el ángel de mi amor cuanto le quiero.
Si así llegara a ser, yo le daría
lo que soy, lo que tengo y lo que valgo.
y si después de todo quedara algo,
ese algo para él no más sería.
Mas si del hado adverso no obtuviera
sino enviarle mi eterna despedida,
en las cuerdas de mi arpa dolorida
su nombre ha de gemir hasta que muera.

POESÍA GAUCHESCA

ARPEGIOS

LA EMBOSCADA

I

En un claro de la selva que abre en dos sus espesuras,
anhelando libre espacio y anegarse de más luz,
se alza de Alba la tapera, gaucho lleno de aventuras,
compañero de un mentado y ya muerto Santa Cruz.
Tanta es de él la mala fama que acentuó la policía
al no dar con su guarida ni poderlo acorralar,
que en el pago es cosa vieja el llamarle Picardia,
como tilde a los desmanes que acostumbra realizar.
Años hace que se burla de la ley y la justicia,
cortando hilos de alambrados y carneando a discreción,
apropiándose taimado de los fletes que codicia,
o robando alguna moza que llamóle la atención.
Entretanto el Comisario ha jurado que en sus redes
ha de caer, tarde o temprano, "Pa escarmiento el saltiador",
y a la virgen podrá entonces implorar de las Mercedes,
que en un cepo ha de secarlo: "Bien atado a maniador".

II

En la selva silenciosa que adurmióse lentamente
de la noche entre las sombras que se extienden por doquier,
sólo el canto de las ranas se percibe vagamente,
cual monótona salmodia que se escucha sin placer.
Altas horas son, sin duda, pues la ronca clarinada
que de un cerco de gallinas dió no ha mucho el real señor,
ha sacado de entre el monte de la próxima cañada
bulto informe que se acerca sin dar muestras de temor.
Mas de pronto se echa en tierra al sentir que le ha llegado

un extraño, leve ruido que lo mueve a desconfiar,
y atisbando entre las sombras para ver si se ha engañado,
quieto queda largo tiempo sin siquiera respirar.
Mientras ésto el alba tenue de la luna en el oriente,
diseñando va por grados unos ranchos y un corral,
donde yacen las "tamberas" que al rumiar tranquilamente,
nuevo encanto agreste prestan al paisaje nocturnal.

III

Otra vez el bulto informe se aventura cual si fuera
la visión de media noche que a los perros hace aullar,
en demanda de algo blanco que se observa en la tranquera
del corral, que alguien vigila desde un próximo talar.
En tal punto y brevemente una voz velada y grave:
"Llegó, al fin, muchachos dice, de mostrarse la ocasión,
vivo o muerto hay que tomarlo, pues ya es hora de que acabe
de ese pillo el mal renombre que ha adquirido de diablón".
Cauteloso el bulto informe se aproxima, estira el brazo,
y a tomar va lo buscado cuando el seco martillar
de más de una carabina que no yerran el balazo,
lo sorprende y deja helado de despecho y de pesar.
"Me ha vendido", dice al punto, entre frases enconadas,
mientras cuatro fogonazos dan respuesta a su hondo mal,
entretanto que las vacas, sorprendidas y espantadas,
como un trueno han irrumpido campo afuera del corral.

IV

Tras la rápida descarga que iniciara la batida
y que en eco formidable todo el monte conmovió,
se echó fuera de los talas presurosa "La Partida",
sobre aquél que mal herido o hallar muerto no dudó.

Mas ni rastros, tan siquiera, compensaron el anhelo
que hacía tiempo alimentaba el tenaz perseguidor;
nuevamente de sus garras, sin dejar un solo pelo,
según dijo el Cabo Cuello, se había hecho humo el salteador.
Disgustado ya y dispuesto a no ser del comentario
por más tiempo el "pobre mozo", incapaz de una aprehensión,
esa misma madrugada elevaba el Comisario
la renuncia de su cargo, pretextando esta razón:
Con motivo de encontrarse en estado algo alarmante,
pues de nuevo había sentido un extraño y viejo mal,
al Gobierno le pedía le nombrara un reemplazante,
sin hablar del último hecho: "La Emboscada del Corral".

V

Escuchando a un gaucho esbelto, bien formado y musculoso,
que, elocuente, de otros años, hacía amena relación,
alguien riendo aseguraba que sería muy curioso,
saber cómo, en cierta noche, burló aquél "La Comisión".
Fué, dijo Alba, pues él era, el que hablaba en ese instante,
que al corral, buscando ropa, a deshoras acudí,
ya que aquella que vendióme por amor a un vigilante,
una muda, cada lunes, me dejaba siempre allí.
De la forma en que humo me hice, sin dejar rastro ninguno,
sólo súpolo una vaca que a salvarme se prestó,
de la punta de la cola de la cual me fué oportuno,
agarrarme al ser herido, y que al monte me arrastró.
Y ya próximo a alejarse, siempre altivo y displicente,
no ignorando que a sus pagos no podrá volver jamás,
en rueda amplia de paisanos detallaba este incidente
de su vida de aventuras, el famoso montaraz.

PROCLAMA

Elocuente y fogosa Proclama
que el criollo Contreras, un tigre a mi ver,
al gauchaje del pago endilgóle,
y que hoy, sin pensarlo, llegué a conocer.

———

Villaguay, abril 5. Paisanos:
Por fin llegó el día de hablar sin temor,
y votar contra el ruin nepotaje
que no hay, de seguro, ni habrá cosa pior.

———

A votar paisanada; que ni uno
de tuitos se quede sin dir a votar,
que un Gobierno que está tan bichoco
no puede ni debe, paisanos, mandar.

A votar para hacer de tal suerte
que el gaucho más pobre, más ruin de Montiel,
se enderiece sintiéndose libre,
y sepan que naides en ello es más que él.

Para hacer que otros tiempos mejores;
los tiempos de enantes se vuelvan a ver,
en los que era un contento la vida
y el gaucho era un hombre tal cual debe ser.

Que nos dejen vivir sin disgustos
y no cargosiados por orden del juez,
y las multas impuestas al ñudo
concluyan paisanos, también de una vez.

Que el mentao Comisario no sea,
por más que lo quiera, lo que hoy toavía es,
es decir, un mandón sin concencia
que aunque haga las que haga lo ascienden después.

Que los mil y un impuesto ¡barajo!
se cobren parejos, conforme a la ley,
sin sangrarnos a fuerza de pesos
lo propio que a chuza lo sangran a un güey.

Que la patria sea grande y gloriosa
conforme antes era, y sea para bien,
al sentirnos en ella argentinos
y no extranjeraje venido recién.

A votar paisanada: que ni uno
de tuitos se quede sin dir a votar,
que un Gobierno que está tan bichoco
no puede ni debe, paisanos, mandar.

DE ENCARGOS

I

Aquí le manda mi mama
estos huevos, doña Anita,
para que junto con Rita
los coma con Don Samuel,
diciéndole que a Gabriel
lo tiene un poco atrasado
porque anoche se ha empachado
con no sé qué porquería,
y que está ronca María,
y que tata está resfriado.

Que le empreste la jeringa,
esa larga que Vd. tiene,
y la teta para el nene
que ella olvidó de comprar;
que no se haga de rogar
y que vaya a visitarla,
que ayer, no más, de aguardarla
todo el día se cansó,
y que tanto la deseó
que cuasi manda buscarla.

Que si tiene malva seca
y yantén, le mande un poco,
y que sólo un *equivoco*
fué aquello del sarampión;
que no ha habido tal cuestión
entre ella y el curandero,
por más que es tan majadero
que hoy por poco no lo reta,
porque la tanteó a Anacleta
diz que haciendo de enfermero.

Le manda decir también
que antiyer de madrugada,
la clueca que estaba echada
y que Vd. le regaló,
doce pollos le sacó
a más de dos que ha perdido,
por lo que se ha convertido
la casa en un alboroto,
y que por descuido ha roto
la jarra que Vd. compró.

Que si no tiene ocupada
la sombrilla, se la empreste,
porque cueste lo que cueste
piensa dir a lo del juez,
ya que quiere de una vez
al viejo Cosme arreglarlo,
y así dejen de acosarlo
con continuas citaciones,
y que por fin de cuestiones
concluyan de incomodarlo.

Que de su comadre Juana
por ayer recibió carta,
diciéndole que ya está harta
de "Las Lilas" y el patrón,
que le escribió con Don León
mandándole que se venga,
que está demás se entretenga
supuesto que no le paga,
y que el rancho le deshaga
y le venda el mancarrón.

Que la vaca no da leche
de grande que está el ternero,
que palo a palo el chiquero
para leña lo arrancó,
y que si a Vd. le quedó
un poco de la carrada
que le compró vez pasada
al viejo que la vendía,
que ella, en fin, le pediría
de ese poquito una nada.

Que no olvide que el juentón,
así como la marmita,
de las dos la más chiquita
que Vd. tiene, le ofertó;
que por ellos vengo yo
a la vez que por la estera,
por la pala y la tetera,
por la colcha y la frezada,
creyendo ser perdonada
por lo que es tan majadera.

Que le lleve, en fin, yo mismo
todas las cosas que pide,
aunque encargóme no olvide
las mañas de este animal;
mancarrón cual no hay igual
para lo que es disparar,
si es que se llega a asustar
como ayer aconteció,
en que sin más, me largó
de cabeza entre un barrial.

II

Iba de vuelta el muchacho
por el camino cantando
mientras el *tungo* trotando
atravesaba un zanjón,
cuando dando un tropezón,
a la vez que una espantada,
no precisó ya más nada
para echarse a corcovear,
comenzando a hacer volar
de encargos todo el montón.

La pala en un hormiguero
cayó clavada de filo,
mientras la estera en un hilo
pedazos hecha quedó,
la marmita se quebró
al dar contra un alambrado,
el fuentón todo abollado
y roto, salió rodando,
y la tetera sonando,
desvencijada saltó.

Endureciendo la boca
al ruido de tanto tacho,
como luz con el muchacho
a disparar comenzó;
al poco trecho aventó,
cayendo en una cañada,
toda la leña astillada,
la malva seca, el llantén,
y la sombrilla también
con la colcha y la frazada.

Cada vez más asustado
y sin cansarse un momento,
más veloz que el pensamiento
por esos campos siguió;
hasta que al cabo llegó,
bufando como un Mandinga,
al par que con la jeringa,
que nada de extraño tiene,
con la teta para el nene
que fué cuanto no perdió.

EPISTOLAR POLÍTICA

Mi querida Nicanora

Cumpliendo lo prometido
de darte noticias de ésta,
no obstante lo que me cuesta
el hacerlo, te diré:
que sin tropiezos llegué
cuando el sol se iba dentrando,
ya que al viaje galopiando
de un tirón me le afirmé.

Sabiendo como he llegao
paso en seguida a decirte
que no quisiera afligirte
con lo que te he de contar,
porque es, ché, de reventar
las cosas que aquí he sabido,
y de no prestame oído
ya que voy a comenzar.

Fijate que pa empezar
me han contao que Pituquito
no manda ya ni un chiquito
de puro dengue y morao;
que Eulalio lo ha embozalao
sin darle tiempo pa nada,
y hasta hablan de una chirliada
que antiyer le ha propinao.

Que lo tiene pa la farra
sin levantarle el rebenque,
y hasta lo amarra a palenque
pues lo empieza a manosiar;
que pronto ya va a escarciar
de blando que está en la boca,
y que es cosita muy poca
pa que le pueda estorbar.

Que piensa, si es que lo dejan,
fuertemente enorquetarse
en el sillón que a sentarse
el que gobierna alcanzó,
y aun cuando nunca soñó
mirarse en tan lindo espejo,
que no por andar y viejo
sueño tal, lo acobardó.

¡Ah, Eulanga! quién lo dijera
cuando harto de desengaños,
hará de esto unos cinco años,
temblaba de atosigao!
Ya ves, pues, como ha cambiao
la suerte de este cristiano
que estaba dejao de mano
y otra vez se ha enderezao.

Que cuenta pa encaramarse
con tuito el gendarmerío,
que es cual las aguas de un río
que ha comenzao a crecer;
así, pues, a comprender
principiarás Nicanora,
que por más que sea a deshora,
mandando lo hemos de ver.

No obstante tales noticias
tan buenas pal Ministerio,
las que no son un misterio
pa naides de este poblao,
otros dicen que la ha errao
si piensa que subir puede,
sin que en las cuartas se enriede
y en ellas quede maniao.

Mañana o tal vez pasao,
sabrás alguna otra cosa,
si como siempre deseosa
de noticias te encontrás,
por lo cual, y ya sin más,
y si ésto no se embaruya,
se despide hasta una tuya
tu siempre

José Tomás

CAFÉ NEGRO

I

—¡Ahijuna! qué no es Don Cosme?
—Qué no es Don Zoilo? ¡canejo!
—El mismo.
—¡Dios me lo guarde!
—Y a Vd. lo conserve bueno.
¿Cómo le va?
—Cómo ha d'irme!
—¿Lindo no más, por supuesto?
—De juro.
—Deme un abrazo
que se lo da a su aparcero.
—¿Y de ande sale?
—¿Qué de ande?,
de la estancia; recién llego.
¿Y Vd. se ha vuelto a los años,
sigún parece, pueblero?
—A la fuerza. Pero venga;
en el café aquel dentremos,
que aquí servimos de estorbo
a la gente, sigún veo.

—¡Pues no! Si recién me han dao
un zamarrión peor que a negro,
—¿Y yo que tres pisotones
por escucharlo, ya llevo?

II

—¡Mozo!, café!
—¿Con ginebra
no le parece tomemos?
—Como guste.
—¡Ya olvidaba
que el cuerpo entonar es bueno!
—Créia que no le sentara.
—Si me ha llamao a mi juego.
—¡Vaya un cuento! Acaso ignoro
que Vd. pal trago no es lerdo?
. . . .
—¿Yde Germán qué me cuenta?
—En la estancia.
—¿Siempre bueno?
—Y qué mal quiere que l'entre
si es como yo, cría de perros?
—¿Y mi comadre?
—¡Vaya ella!,
como antes, no más, la tengo.
—¿No mejora?

—Ni un chiquito;
es un sotreta el tal médico.
—¿Por qué no ve curandera?
—¿Y a cuál?
—A la de Don Mendo.
—Si ya la tuve a esa bruja.
—¿De suerte que no hay remedio
pal mal que sufre su vieja?
—Uno solo: el cementerio.
—¡No diga! ¡Pobre Mercedes!.....
....
....
Y áura, pasando a otra cosa:
¿cobró la lana y los cueros?
—¿Qué he de cobrar, si me tienen
con más embrollas y enriedos
que a muchachito que engañan
con besos y caramelos.......
¡Ahí viene el mozo!
—¡Ahijuna!
que es lindo largar un terno
cuando en bandeja lo sirven
después de un casual encuentro.
....
....
—¡Qué bueno está el cafecito!
—En verdad que está bien bueno!
A ver mozo, otra tacita
que de ganas ya me muero.

—¿Con ginebra?
—Mire; escuche;
le viá a decir un secreto.
(Tráigame la botellita
que se llevó p'allá adentro)
—Está bien.
—¡Qué mi Don Zoilo!
¡Siempre metido en enriedos
con las señoras botellas!
—A las mujeres no puedo
mi amigo, dejar de verlas.
De juro que es un defecto,
¿pero qué quiere que le haga
si me salen al encuentro?,
me tientan, me dentra fiebre,
me acerco, les doy un beso,
y es pa pior, compadre Cosme,
porque ya mordiendo el freno
no hay naides que me sujete.
—¡Ya vé! Si parece cuento!
Lo que son, ¿nó? las mujeres!
—Son, compadre, el Diablo ardiendo.
—¿Y el café ya no lo toma?
—¡Pero amigo, deme tiempo
que tengo la taza llena!
—De ginebra.....
—No diga eso
que puede venir el mozo
al sentirle el cacareo,

y enojarse, si es que advierte
que es blanco el café y no negro.
—¡Qué ganancia pa la casa
con un marchante tan bueno!
—Aquí en el poblao, compadre,
como decía el viejo Luengo,
no hay quien corra, todos vuelan.
—Y de juro, ha de ser cierto.....
Pero mire ¿se ha fijao
como discuten aquéllos?
—De esta vuelta se mechean.
—Parece que no hay remedio.
¡Ah ñato que está furioso!
—Y el rubio no lo está menos.
—¿Y esos otros que los miran
como hambreando un entrevero?
—¡Zas! tras! No dije compadre
que era de fijo el enriedo?
¡Aura que ardió de lo lindo!
—¡Qué burdel! Si es un infierno!
—Vamos puerteando despacio
que el batuque va creciendo,
y al venirnos de perilla
nos libra de pagar ésto.

III

—¡Por fin ganamos la calle!
—De juro que ya era tiempo.

¿No gusta pasar el susto
con un traguito ligero?
—¡No diga! ¿Que se ha venido
con la botella en los tientos?
—De todos modos, compadre,
la pagan los de allá adentro.
—¡Jué pucha con la destreza
del que nace con ingenio!
—¡Qué quiere que le conteste!:
El poblao, mi amigo viejo,
tiene unas cosas de raras,
que yo mismo que las veo,
las estudio y las doy vuelta,
deveras, no las compriendo.
—Así ha de ser ya que toma,
sin que parezca misterio,
diez tazas de café blanco
por una de las del negro,
pa en seguida, haciéndose humo,
alzarse audaz y ligero
de yapa, con las botellas.

SERENATA CRIOLLA

Si en el temor de ofenderte
te callara mi pasión,
cierto estoy que la aflicción
de pena me mataría,
por eso, hechicera mía
hasta tu reja he llegado
para saber si me es dado
alimentar la ilusión,
que en mi amante corazón
tu hermosura ha despertado.

Escucha, pues, la congoja
de un alma que por tí llora,
que sólo cariño implora
de aquella que la cautiva;
no te muestres tan esquiva
y tirana a su dolor,
no desoigas el clamor
de quien a tu reja llega,
y suplicante te ruega
que no desdeñes su amor.

Que él en cambio de tu afecto
hará tus horas dichosas,
y alfombrará con las rosas
de su cariño tu vida;
que la imagen bendecida
de su suprema ilusión
sea la sola adoración
en el santuario de su alma,
haciendo que al fin la calma
retorne a su corazón.

Así, pues, si tú le escuchas
habrás ¡oh niña! colmado
la aspiración que ha forjado
aquél que tanto te quiere,
mas si tu afecto prefiere
a algún otro, no hables, no,
para que así pueda yo
ignorar mi desventura,
y olvidar que la amargura
mis ensueños destruyó.

ARRABALERA I

—Ché Ciriaco.
—¿Quiáy?, quién llama?
—Yo, tu prima, soy Crescencia.
—¿Qué deseás?
—Deseaba hablarte.
—¡Vaya una hora pa charlar!
¿No sabés que a media siesta no me gusta dar audiencia,
o es que te urge, por ser grave, lo que tráis pa denunciar?

—¡Avisá si estás borracho!
—La quiá estar será tu agüela.
Váy, dentrá pal escritorio y sentate en ese bául.
¿Qué mandás?
—Venía a pedirte me escribieras una esquela
de esas tuyas, de esas juertes, pal gran puerco de ese Sául.

—¿Qué decís?, qué ya quebraron?
—Toavía no, pero es siguro
que de esta hecha no anda lejos porque yo no aguanto más.
—¿Y la esquela es muy urgente?
—Natural que sea de apuro
ya que vengo a media siesta en que sé que descansás.

Así ché, no has de negarme el servicio que te pido.
—Asigún, lo pensaremos.
—Nada de eso, no señor.
Sobre todo recordando que atenderme has prometido,
y aun más siendo de mis primos el más güeno y el mejor.

—Váy, a ver, viá a hacerte el gusto ya que estás tan decidida
y deseás, sigún parece, el hacerlo corcoviar;
aunque oí, debo alvertirte que yo no entro en la partida,
no sea el Diablo que conmigo, Sául se llegue a disgustar.

—No temás que yo respondo. Así, pues, poné la fecha,
más abajo Sául González, y en seguida Capital.
¡Ah!, mirá: No hagás la letra tan petiza y tan estrecha
como la otra que mandamos, porque créme, sale mal.

Escribí: Tu carta he léido; carta llena de borrones,
la que he estao más de dos horas pa poderla descifrar;
y en respuesta de la misma te dirijo estos renglones
mal trazaos, que me han salido, por lo que has de disculpar.

Contestando he de decirte que no vivo ni he vivido
embobada con las priendas que te adornan, no te creás,
y que si algo hasta la fecha es verdá que te he querido,
es por crer que vos no fueras de esos que hay echaos pa atrás.

Sigún ésto te degüelvo la bombiya y el pañuelo;
no pensés que a mí me aflija el que estés tan disgustao,
porque nada que me importan ni me causan desconsuelo
las mil cosas que en la tuya me anunciás que te han contao.

Y si digo que te mando lo que arriba relaciono,
es que acaso no te alcance con tus rentas pa comer,
porque bien sé yo lo mucho que te gusta el darte tono,
aunque no tengás ni medio y andés siempre sin quihacer.

Después de ésto he de decirte que no créia que a los cuentos
le llevaras el apunte que parece le llevás,
aunque nada que a mí me hace el charlar de esos mugrientos
de los hijos de Ña Nicasia, con los cuales te juntás.

Porque de ellos, se me pone, que ha brotao todo el enriedo
que dió pie pa que escribieras lo que en tu última escribís,
pero güelvo a repetirlo, eso a mí me importa un bledo,
como aquello de Raimundo que a tu modo referís.

Porque naide, a buen seguro, te dirá con fundamento
que yo sea alguna Ulogia a quién tanto conocés,
a no ser que lo que corre de esa nena sea algún cuento
como aquel de Bonifacia, de Eduviges y de Inés.

O aquel otro en que asiguran que muy listo a Justiniana
te ofertaste pa llevarle, noches hacen, un atao,
y por más que no me importa lo que diga esa fulana,
sin embargo el hecho es cierto, pues muy bien lo he averiguao.

Que te ha entrao con tanta furia que has quedao atonteoido;
que pa vos ya no hay más dicha que poderla contemplar,
cosa extraña en quien se dice se las da de tan corrido
que no hay una que al mirarlo no se llegue a enamorar.

Pero hasta ésta, me lo ha dicho quien la vió tardes pasadas,
se divierte de lo lindo cuando vos te despedís,
y con todos cuantos quiere se echa a reir a carcajadas,
de no ser más que un otario que de listo presumís.

En fin ché, te diría tanto que no sé si acabaría,
tales son las muchas cosas que quisiera mencionar;
mas pensando en todo el tiempo que el hacerlo llevaría,
aun en contra de mi gusto he adotao por renunciar.

Así, pues, con tu permiso que me está llamando mama,
otra vez seré más larga, digo si ésta, te ha agradao.
(¡Pucha digo con la vieja que es cargosa cuando llama!).
¡Váy!, por fin, hasta otra tuya, pues por hoy ya hemos charlao.

CONSULTA POLÍTICA

Señor Don Prudencio Almada

Estas líneas, Don, le escribo
ya que es Vd. competente,
hombre discreto y decente,
de consejo y de saber;
le escribo pa conocer
si es verdad que las mujeres
podemos, sin más deberes,
alguna opinión tener.

Y si lo llego a indagar
es porque Pepa Corrales,
la que llaman la Dos Riales,
quisiera también votar.
Dice que puede contar
con más de una compañera,
que no son unas cualquiera
como han echao a rodar.

Que la sigue Gumersinda,
la entenada de Manuco,
que aunque es más negra que un cuco
arrastra como a unas diez;
así diga de una vez
pa poder comprometerlas
y asiguradas tenerlas,
no sea que den un traspiés.

Que se ofrece a discreción
pa lo que gusten mandarla,
ya que no es de cabrestiarla
ni menos de sofrenar,
que ella solita a amansar
se anima a veinte matones,
y en tres o cuatro tirones
a hacerlos reir..... y cantar.

En cuanto a mí me responden
unas catorce matronas,
todas ellas señoronas
del barrio del Matorral,
que por más que no es central
no es tampoco de dar miedo,
ya que nunca hay un enriedo
ni nada que sea informal.

Además me comprometo
con mi comadre Ramona,
que no por ser cegatona
deja de ser un primor,
a arreglar el comedor,
si es que hubiera algún banquete,
cuando a Pololo el rosquete
le den de legislador.

Con elementos tan güenos
Vd. dirá si es posible
o siquiera presumible
que nos puedan basuriar;
así diga pa dentrar
a organizar la patriada,
que es gente flor la nombrada
pa cuanto guste mandar.

ARRABALERA II

RESPUESTA

En el foco de la esquina de Lavalle y el Cerrito,
me enteré de las mil bolas que en la tuya has ensartao,
y fué tanta la tristeza que me dió lo que has escrito,
que allí mesmo, a media noche, me encontraron desmayao.

———

En verdad que no te créia tan ladina y mentirosa,
tan afeta a inventar cuentos y a la vez tan informal,
pero, en fin, mujer y basta, o sea falsa y engañosa,
mal hablada y testaruda, consentida y desigual.

———

Y de juro que no miento afirmando lo que digo,
porque vos pa los enriedos sos hijita de mi flor,
y por más que esto te estrile y te ponga pa conmigo,
como vos sabés ponerte cuando andás de mal humor.

———

Contestando a lo que en ella me endilgás tan francamente
que parece que uno fuera más que un roña, algún bozal,
te diré que estás errada si es que crés tan fácilmente
el que a mí me manoseen, ya que nunca fuí un bagual.

Porque hasta aura, y esto lo expreso con orgullo verdadero,
no ha habido uno que a mí me haya sofrenao por compadrón,
por guarango o boca sucia, charlatán o camorrero,
atrevido o embustero, por engreído o por ladrón.

Y de no, andá enterarte en la parte que vos quieras
de mi barrio, si es que alguno, algo sabe en disfavor,
o si en cambio sólo cuentan puras cosas lisonjeras,
de las que hacen caer la baba, poner tieso y dar calor.

Pero de ande has de avenirte a inquirir lo que te estrila,
si pa vos no hay naides bueno ya que sos tan superior,
que al mejor de la tropilla de rejugos que te afila
lo mirás por sobre el hombro como haciéndole un favor.

Y vaya uno a ver la Dona que se da tal importancia
que parece que no hubiera otra flor a quien oler,
ya que todos asiguran que no admiten comparancia
con los propios de Anacleta, tus encantos de mujer.

Que la misma Rosalía es más linda y más graciosa,
más correta pa explicarse en cualquier conversación,
y que no anda tan mugrienta, desgreñada y andrajosa
como a vos te ven de tarde, recostada en el portón.

Que respeto de la vida que haga o no haga Justiniana,
a mí no es a quien le toca el dentrarlo a averiguar,
y que ignoro si es que es cierto que, en verdad, sea una fulana
como en esa que has escrito te atrevés a asigurar.

Que agradezco en lo que vale el degüelto referente
al pañuelo y la bombiya que en la tuya me anunciás,
aunque debo de alvertirte que no he visto hasta el presente,
ni la sombra de uno y otra que decís que me mandás.

Que no sé si será olvido o es que acaso enderezaron
caminito a algún empeño del que nunca han de salir,
por más ché, que no me extraña, ya que en ellos se estrellaron
cuantos trapos te quedaban, sigún dicen, sin fundir.

Que tampoco sé que lleve por adornos priendas tales,
y que hasta aura no había caido en que fuera echao pa atrás,
cosas ellas que bien vistas, en mí son muy naturales,
por lo cual yo no compriendo porque tanto te almirás.

Que, por fin, poco me importa el que estés tan disgustada,
y digás que haga de cuenta que jamás te conocí,
pues mujeres de tu laya, en pegando una patada,
a montones aparecen donde quiera por aquí.

Con lo poco que enumero me parece que hay bastante,
por más ché, que no es tan poco, pues dos pliegos he llenao.
Así, pues, hasta otra tuya se despide este atorrante,
sigún vos lo has dicho siempre que de mí se han acordao.

LA MONTONERA

Fogón de una estancia de Entre Ríos, años después del sesenta

PERSONAJES:

Paisanos, Puebla, Heredia y Reina,
Varios paisanos más los escuchan embelesados.

I

HEREDIA.— ¡Ah tiempos los de ese entonces!
PUEBLA.— En verdad ¡qué vida aquélla!,
lo único malo que había
era la indiada y la guerra.
Pero en cambio ¿quién hallaba
sin encantos la existencia?
¿Quién no tenía cuatro reales
guardaos en la faltriquera?
¿Quién no gastaba rebenque,
estribos, pretal y espuelas
de fina plata labrada
a igual que las otras prendas?
HEREDIA.— Cállese, no siga hablando
de esa suerte, amigo Puebla,

que me retoza un ¡mal haya!
más grande que una tranquera,
al pensar que ya más nunca
se han de ver esas lindezas.

PUEBLA.— Déjeme que haga memoria
de unas pocas cosas buenas.
Déjeme, ya que nosotros
los que contamos setenta,
no tenemos más consuelo
pa espantar nuestras tristezas,
que recordar lo que ha sido
esta hermosa, brava tierra.
¿Ha olvidao acaso el año
en que alumbró aquel cometa
tan temido por las gentes
y mucho más por las viejas?

HEREDIA.— ¡Va! si recuerdo ¡canejo!
esa visión mal agüera,
y lo que al tiempo nos trajo
pa confirmar tales mentas!

PUEBLA.— Fué por entonces que oyóse
hablar de las Montoneras
más aguerridas, que dicen,
que vieron todas las épocas.
Cuando Ramírez juntóse
con el chileno Carrera,
pa morir como acostumbra
todo valiente en la guerra.

CONTRERAS.—Y ahora que habla de Ramirez,
cuente pues, amigo Puebla,
Vd. que conoce el hecho,
cómo ocurrió la tragedia
en que aquél perdió la vida
deseando salvar su prenda.

PUEBLA.— ¿Que le cuente?..... Bueno, escuche,
ya que me encuentro algo en vena,
la relación o relato
que en cierta ocasión me hiciera
un Cabo de "La Partida",
que fué parte en la contienda.
....
....

II

PUEBLA.— Cayendo iba el sol despacio
hacia el lao que se arrecuesta,
cuando de pronto, a lo lejos,
se vido una polvareda:
Decía el Cabo, comenzando
la relación más sangrienta,
más renombrada y heroica
de todas cuantas se oyeran.
Cayendo iba el sol despacio
cuando al ver la polvareda,
el jefe de "La Partida",

un valiente a toda prueba,
blandió la lanza nervioso,
le clavó las nazarenas
al flete, que era soberbio,
y ordenando lo siguieran
a los capaces de hacerlo,
al caballo dióle riendas
y como flecha lanzóse
a alcanzar "La Montonera".

HEREDIA.— ¡Criollo terne!

PUEBLA.— —No había flojos
entonces, amigo Heredia.
Desde ese instante los pingos,
acosaos por las espuelas,
se estiraron como galgos
que alcanzando van la presa.
Y era de ver como juían
los perseguidos de cerca,
por saberse bien perdidos
si aflojaban en la empresa
de no acortar las distancias,
de no mermar la carrera.

CONTRERAS.—¿Y qué diferencia había
dígame, entre esas fuerzas?

PUEBLA.— La del doble o triple acaso
o quizá más, si no yerra
mi memoria ya cansada
y por cansada ya incierta.

Dos leguas habrían corrido,
sin darse alivio ni tregua,
cuando se vió desgranarse,
poco a poco, como cuentas
de un rosario que se rompe,
el grupo en el que iba aquélla
que fué causa de la hazaña
más singular y estupenda.

Y un alarido salvaje
festejó como ya cierta
la hombrada de dar alcance
a los que así persiguieran.

Más tenaz que nunca entonces
se prosiguió ya la empresa,
más que nunca fué porfiada
la persecución aquélla.

Y ansiosos como iban todos
de ejercitar la destreza
de hacer un tiro de bolas
como se hacían en esa época,
ahí no más aprovecharon
la coyuntura primera
pa sujetarle las patas
a una yegua obera-zéina.

Rodó el animal; la gente
se arremolineó de priesa,
y así como se abalanzan
los perros sobre cualquiera

de los mil bichos del monte
que en un descampao encuentran,
así atropellaron todos
los soldaos, sobre el que en tierra,
apretao se mantenía
por el cuerpo de la yegua.

¡Mozo lindo! gritó al punto
uno de ellos, que se réia,
facón en mano, juntito
al que en tal forma cayera.

¡No lo maten! gritó luego,
otro más, con voz de fiesta;
déjenmelo pa tarjearlo
como se tarja en la yerra.

Y un coro de carcajadas,
al oirse como respuesta,
anunció que el prisionero
no era varón sino hëmbra.

Entretanto algunos grupos,
no distantes de esta escena,
se habían topao, fierro a fierro,
con la pujanza y destreza
del valor mismo en persona,
de criollos de aquellas épocas,
con más rencor que el mismo odio,
con más rabia que las fieras.

Y ¡ay! del que caiba vencido,
¡ay! de aquél que al fin se entrega.

En eso, sin esperarlo,
ni saber de ande saliera,
se vió venir un jinete
como corre una centella,
como alma que lleva el Diablo,
como huracán que se acerca.
El rojo poncho a los vientos
flameando como bandera,
como penacho de gloria,
como divisa de guerra.
Y atropellando por todo
cuanto a su paso se encuentra,
va a estrellarse contra el grupo
en el que se halla su prenda.
Era Ramírez, el bravo
caudillo, que dando vuelta
al notar que no le sigue
su amorosa compañera,
como tigre que han herido
se entremezcla en la contienda.
Y dando botes de lanza
a los que están en la rueda
que cerca a aquella Delfina
que es su dicha y su existencia,
como una fiera persigue,
mata, destroza y ahuyenta.
En ancas quiere subirla
pero es en vano, cuarenta,
cien, doscientos, llegan luego,

lo acorralan y lo estrechan.
Y viendo ya que es inútil
escapar de la tremenda
situación, en que lo ha puesto
el capricho de la guerra,
como varón de varones
a toditos los pelea.............
....
....
Cayó el valiente muy luego,
cayó al fin, y según cuentan,
ni uno solo de los otros
dejó de ver que un león era,
pa honra de todos los bravos,
el caudillo de esta tierra.

III

La noche que ya reinaba
con sus lóbregas tinieblas,
había cubierto los campos,
la población y las selvas,
pareciendo que enlutada
al escuchar la tragedia,
rendía homenaje postrero
a aquel héroe de leyenda.

GUSTAVO R. LENNS

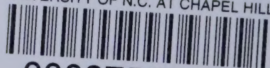
INDICE

Poesía Festiva

Poesía Amatoria

Poesía Gauchesca




UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00027553567